Mario Humberto Ruz, *Chiapas en el mundo maya: una antología*, Tuxtla: Secretaría de Educación de Chiapas, 2000, 216 pp., mapas.

"Todas las aproximaciones son hijas de su tiempo, por más imparcialidad y objetividad que pretenda y buenos deseos que albergue quien da cuenta de ello", nos advierte en la introducción el autor del libro Chiapas en el mundo maya; una antología, y agrega,

> También los intereses profesionales juegan un papel en los acercamientos y las interpretaciones. Donde uno apuesta a los cambios demográficos como factor de primera importancia, otro privilegia los económicos y alguien más los religiosos y culturales. Mientras que para un historiador han de privilegiarse los procesos de larga duración, a otro le interesa destacar un determinado acontecimiento, e incluso las formas de "leer" éste varían según los anteojos con que uno se provea (op. cit.: 14).

Retomando las propias ideas de Mario Humberto Ruz, me gustaría iniciar mis comentarios situando al autor y a su obra en su momento histórico, sin más afán que entender los alcances de los aportes en la historia de Chiapas producidos por un médico y antropólogo con dotes de literato.

Es bien sabido que Chiapas ha sido por mucho tiempo un espacio privilegiado por las investigaciones antropológicas. Durante varias

décadas del siglo xx -de 1940 a principios de 1970- predominó la llamada antropología culturalista, llevada a cabo tanto por investigadores mexicanos como, fundamentalmente, por estadounidenses, quienes convencidos de haber encontrado entre los tzotziles y tzeltales de Los Altos de Chiapas a los fieles representantes de la cultura maya clásica, se empeñaron en "demostrar" que las prácticas y concepciones de estos habitantes de las comunidades alteñas habían permanecido al margen de todos los procesos y cambios ocurridos en un periodo de cinco siglos. Henri Favre, uno de los primeros antropólogos en intentar una reconstrucción de la historia general de Chiapas, cuestionaba en los inicios de los setenta esta perspectiva:

A través del análisis de las comunidades tzotziles-tzeltales actuales, se dirigen [estos antropólogos culturalistas] a la sociedad maya antigua que pretenden revelamos... Hace ya mucho tiempo que los etnólogos buscan un grupo maya "puro" o cuando menos aculturado, para estudiar in vivo esta cultura prehispánica que sólo conocen a través de las crónicas parciales..., o de documentos [a los] que a veces es difícil dar una significación precisa.¹

RESEÑAS

Estudios de Cultura Maya. Vol. XXIII, 2003 Instituto de Investigaciones Filológicas/ Centro de Estudios Mayas, UNAM ISSN 0185-2574

¹ H. Favre, Cambio y continuidad entre los mayas de México, México: INI, 1973: 20.

De esta forma, el violento proceso de conquista, la dominación colonial, la guerra de independencia, las reformas liberales y la revolución de principios del siglo xx, en nada trastocaron, según la visión de aquellos antropólogos, las formas de vida y las interpretaciones que sobre ella poseían los pueblos indígenas que estudiaron.

En efecto, a fuerza de insistir en trabajar en Los Altos de Chiapas (pues allí creían encontrar lo que buscaban), donde la mayoría de la población indígena habita en localidades o comunidades más o menos independientes, crearon el gran mito de la comunidad cerrada y homogénea; mito cuyo completo derrumbe ha requerido tiempo. Asimismo, al omitir el estudio de otras regiones también pobladas mayoritariamente por habitantes indígenas, contribuyeron a crear la imagen (sobre todo para la gente de fuera pero no exclusivamente) de que los mayas y los grupos étnicos de Chiapas en general se habían reproducido todos de la misma manera.

Muchas transformaciones de gran impacto social tuvieron que ocurrir para que saliera a la luz que no todos los habitantes indígenas habían seguido un solo y unívoco camino; que parte importante de éstos se reprodujo, socialmente hablando, en condiciones totalmente distintas a las de los indígenas de Los Altos, ya que formaban parte de procesos regionales muy diversos. Por ejemplo, en su ya famoso libro Los refugios de lo sagrado, Dolores Aramoni afirma que sólo hasta que se conjuntaron en un mismo tiempo una serie de proyectos que llamaremos "modernizadores" -como la construcción de las presas hidroeléctricas Malpaso, Chicoasén y Peñitas a lo largo del río Grijalva, el descubrimiento y explotación de yacimientos petrolíferos- y una catástrofe natural de gran magnitud, como la erupción del volcán Chichonal, fue que la etnia zoque asentada en esa región y por mucho tiempo casi ignorada, despertó el interés de investigadores y organismos oficiales.2 Y al igual que los zoques, muchos otros grupos étnicos empezaron a ser atractivos para la investigación únicamente después de procesos que por la magnitud de sus consecuencias sociales trascendieron más allá del espacio regional.

Después del predominio de aquella visión fuera de la historia, que en buena medida alimentó las políticas integracionistas del Estado mexicano, a finales de 1960 se produjeron cambios estructurales -proyectos modernizadores, crisis agraria y agrícola, cambios en el modelo económico- al mismo tiempo que una revolución de las ideas que, en el terreno de las ciencias sociales, y específicamente en la antropología, permitieron la formulación de perspectivas enormemente críticas a esa mirada culturalista y a las prácticas indigenistas. Algunas de éstas fueron elaboradas desde una concepción marxista que, rápidamente diremos, tenía como eje de análisis la lucha de clases. Entre sus aportes se encuentra el haber mostrado que el "atraso" y marginación de la población indígena no se debía a su falta de integración (como sostenía el indigenismo) sino que más bien la situación en la que vivían era precisamente el resultado de las formas en que habían sido incorporados a la nación mexicana.

Otra de las perspectivas críticas se desarrolló desde la historia. Como escribió recientemente acerca de este proceso en Chiapas uno de los grandes historiadores actuales de la región, Juan Pedro Viqueira,

> [...] en la década de 1980 las críticas a los planteamientos de culturalistas e indigenistas empezaron a dar frutos de calidad cuando los antropólogos (acompañados por alguno que otro historiador) tomaron distancia con respecto a la situación presente de los indígenas y se interesaron en su pasado. Este cambio de perspectiva era después de todo bastante coherente con las reflexiones de los antropólogos críticos de los setenta [se refiere a los marxistas]. Si la

² D. Aramoni, Los refugios de lo sagrado, México: CNCA, 1992 (Serie Regiones).

situación del indígena era el resultado de las formas de explotación y dominación impuestas por la "sociedad mayor", dado que éstas estaban sujetas a un constante cambio, los indígenas tenían una historia que era necesario estudiar para comprender mejor su situación presente.³

Viqueira menciona a algunos de esos antropólogos e historiadores que, a su parecer, han hecho grandes aportes al conocimiento de la historia de Chiapas: Virginia Molina, Jan de Vos, Robert Wasserstrom, Antonio García de León, Jan Rus, Dolores Aramoni y, por supuesto, el autor del libro aquí presentado.

Mario Humberto Ruz, siendo ya médico de profesión, se formó sólidamente también como maestro en antropología y después como doctor en etnología, ambos grados obtenidos en la década de 1980, precisamente en el contexto de ese nuevo clima cultural que, en cuanto a las ciencias sociales se refiere, abrió los espacios para la producción de renovadas teorías y enfoques que permitieran acercarse al estudio de los grupos étnicos de maneras distintas a las que habían prevalecido en los años precedentes.

La lista de trabajos publicados por Ruz es extensa, y a ella se agrega hoy esta magnífica antología que aunque como él mismo advierte no contiene trabajos inéditos, se presentan por primera vez reunidos en un solo volumen, facilitando su acceso y lectura. Por otro lado, la diversidad de temas que abordan los ensayos reunidos nos permite tener una visión amplia sobre la complejidad de la historia chiapaneca, fundamentalmente de los grupos indígenas, productos de esta historia, pero también constructores de ella.

No hablaré de cada uno de los textos de la antología pero sí quiero señalar algunas cuestiones que me parecen centrales y que también desde mi perspectiva llaman más mi atención.

Desde la introducción, Ruz nos va proporcionando en forma por demás original y didáctica, un acercamiento a las diversas fuentes escritas y el tipo de información que de ellas es posible obtener, tomando siempre en cuenta la posición y la época desde donde escriben los autores. Por ejemplo, las diferencias entre los documentos de los conquistadores, los frailes, los comerciantes y los funcionarios coloniales -alerta-, son explicables considerando que todos ellos estaban guiados por intereses particulares y por una visión particular de la vida; será pues necesario consultarlos siempre recordando su ubicación social y temporal. Así, al referirse a los escritos de los conquistadores y escribanos de campaña como Bernal Díaz del Castillo, Pedro de Alvarado, Nicolás de Valenzuela y otros, apunta: "acorde a sus intereses... nos dejaron planos cuasi militares donde se destacan los obstáculos que el paisaje oponía a su marcha, la disposición y posibilidades de defensa de los pueblos que visualizaban como plazas a tomar, las riquezas que imaginaban o habían oído contenían, el carácter amistoso o beligerante de sus pobladores". Con la misma destreza, el autor nos va guiando en el conocimiento de las fuentes a las que con gran detenimiento él se ha acercado. De los escritos surgidos de la pluma de funcionarios señala que en sus informes al rey o a las autoridades, dejaron "esbozos de tipo demográfico y económico", pues hablaban del número de habitantes de los pueblos, del potencial de los productos de cada región, de la mano de obra disponible, etcétera. Sobre las cuestiones económicas, también los comerciantes aportaron información, ya que a partir de los documentos referentes a sus transacciones e incluso en sus testamentos es posible aproximarse a las redes comerciales, las reglas establecidas para los negocios, las prácticas ilegales y hasta la evolución de las modas.

http://www.iifilologicas.unam.mx/estculmava/

³ J. P. Viqueira, "Chiapas, la otra bibliografía" en *Letras Libres*, enero 2001, año III, núm. 25, pp. 89-95.

El legado de frailes como Tomás de la Torre, Bartolomé de Las Casas, Antonio de Remesal y Francisco Ximénez, entre otros, "tiende a seguir el esquema de la crónica histórica pero en muchos sentidos roza con la etnografía e incluso con la hagiografía...". Gracias a ellos también existen escritos que constituyen los primeros mapas lingüísticos del área. Elaboraron diccionarios, gramáticas, sermonarios y una serie de documentos más como herramientas indispensables para la cristianización de hablantes de muy diversas lenguas, las cuales nos permiten, apunta el autor, además de aproximarnos a la historia de dichas lenguas, acercarnos a la vida cotidiana y a la cosmovisión de esos pueblos (p. 10). Asimismo, agrega Ruz, existen los testimonios de los viajeros que por asuntos religiosos o científicos llegaron a estas tierras y nos dejaron sus puntos de vista sobre la gente, los paisajes y acontecimientos históricos. Se refiere también a los escritos de aquellos que llama "hombres de tierra adentro", personajes nativos de Chiapas, que "empuñaron su pluma para -con mayor o menor éxito- rescatar aspectos diversos de su propio pasado". Entre otros menciona nombres como los de Mariano Robles, Flavio Antonio Paniagua, Manuel Larráinzar, Ángel M. Corzo, Fernando Castañón, Manuel B. Trens y Prudencio Moscoso. Destaca como otra fuente importante las obras literarias de Rosario Castellanos, Bruno Traven y uno más contemporáneo, Jesús Morales.

Como vemos, la introducción de la Antología constituye en sí misma una fuente importante para acercarse a la gran cantidad de documentos coloniales y de los siglos xix y xx que recogen e interpretan, a la luz de su momento y de los intereses del autor, múltiples aspectos de la historia chiapaneca.

En cuanto a los textos, también descritos en forma breve pero ricamente por el autor en la introducción, quiero señalar que el primero, "Memorias de Río Grande", es tal vez uno de los esfuerzos más impresionantes por narrar la historia de Chiapas abarcando el amplio periodo que comprende desde el asiento de los primeros grupos humanos en lo que ahora es el territorio chiapaneco, hasta las primeras décadas del siglo xx, pasando por la conquista, la época colonial con sus sublevaciones indígenas, las luchas por el poder entre facciones conservadoras y liberales después de la independencia, la instauración del peonaje endeudado luego de las reformas liberales, así como la expansión de las fincas cafetaleras en Chiapas. Es un ensayo que me resulta impresionante por varias razones, entre ellas porque para contar una tan larga y conflictiva historia como la chiapaneca en tan pocas páginas se requiere por supuesto de un profundo conocimiento de la misma, además de una gran capacidad de síntesis. Pero no sólo por eso me resulta sumamente atractivo, sino también por la forma de presentarlo, ya que Ruz toma como narrador de los acontecimientos al Río Grande, el Grijalva, el cual comunica y comenta lo que sabe también por su estrecha comunicación con arroyos y otros ríos de grandes caudales como el Usumacinta (es evidente que el autor posee también un amplio conocimiento de la hidrografía chiapaneca), al mismo tiempo que cuenta con un gran talento para re-crear la historia con el uso magnífico de la metáfora.

Pero no es éste el único ensayo donde encontramos el recurso a imágenes alegóricas para hacer fluida y al mismo tiempo analítica la exposición; la mayoría de sus escritos se caracterizan por ello. Como demuestra el trabajo dedicado a las diversas formas que existen para aproximarse al estudio de los grupos étnicos, formas que presenta como recetas de cocina, lo cual también denotan sus saberes culinarios. Se trata del trabajo intitulado "Siete maneras de 'cocinar' un pueblo indio", en el que, de manera por demás ingeniosa, nos aproxima a varios de los métodos y perspectivas que se encuentran presentes en los trabajos de investigación.

ESTUDIOS DE CULTURA MAYA XXIII

Los otros ensayos tienen que ver con las lenguas, la agricultura, las prácticas médicas, el cuerpo, la sexualidad y los santos de los pueblos, temas todos ligados a la concepción del mundo, a la cosmovisión maya, en fin, a la cultura, que de ninguna manera se separa de cualquiera de las actividades o ideas que producimos los grupos humanos, indígenas o no.

Lo anterior resulta muy evidente en el ensayo intitulado: "Los afanes cotidianos mayas: una historia en minúscula", donde el autor nos vuelve a mostrar las capacidades de las que está dotado para lograr una rica recreación de esa "historia en minúsculas" de los mayas antiguos, pese a la escasez del material disponible. Ruz reconstruye las actividades de subsistencia de los pueblos mayas antiguos: de la caza y la pesca, la recolección y la agricultura, actividades que por lo regular tienden a presentarse como estrictamente económicas, atendiendo tanto a la diversidad de nichos ecológicos donde se practicaban como al sin fín de creencias y valores que al mismo tiempo se generaban. Nos habla, por ejemplo, del universo suntuario de los mayas, del cual concluye que en buena medida era "un universo emplumado", dada la gran importancia económica que las aves tenían entonces. Cito un párrafo sobre el particular:

> Bordadas en los fastuosos huipiles de las clases altas, trenzadas en sus tocados o aretes; adornando sus sombreros y penachos, balanceándose en las andas de los dioses u ondeando en los abanicos, insignias y estandartes (como bien muestran los famosos murales de Bonampak) y acompañando los restos mortales de los señores a manera de ofrenda en sus tumbas, las plumas aparecen también como motivo ornamental en la cerámica, la lapidaria, los estucos, los códices e incluso en las estructuras arquitectónicas, como se observa en Kaminaljuyú. Figuran incluso en la esfera jurídica, pues no era inusual que las multas por algunos delitos tuvieran que

pagarse con plumas y hasta con pájaros vivos (p. 87).

El texto "La semilla del hombre. Notas etnológicas acerca de la sexualidad y fertilidad masculinas entre los mayas" constituye, desde mi punto de vista, un aporte fundamental, va que aborda uno de los temas por mucho tiempo tabú, que apenas en los últimos diez años ha ganado en nuestra sociedad un lugar de importancia significativa. Asociada a la salud reproductiva, la sexualidad es hoy en día reivindicada como un derecho igual para los hombres y las mujeres. Se demanda, sobre todo por parte de los grupos feministas, el derecho a la información sobre la reproducción y la sexualidad, la equidad de los géneros, a la vez que el respeto a las preferencias sexuales. Todo ello sucede fundamentalmente entre la población no indígena y citadina y revela, como plantea Ruz en este trabajo, que la sexualidad, entendida como la conjunción de lo biológico y lo cultural, es una construcción social e histórica presente en distintos ámbitos de la vida social -creaciones ideológicas, procesos económicos, políticos y religiosos-. Así, el autor descubre ante nosotros las creaciones sociales e históricas producidas por los pueblos mayas acerca de la sexualidad y la reproducción. Da cuenta de algunos de los cambios ocurridos en su valores y creencias a raíz de la incorporación de conceptos occidentales, así como de la forma en que éstos han sido reinterpretados a lo largo de varios siglos, y establece algunas comparaciones entre las concepciones de los mayas y las de los nahuas y otomíes. Rescata así los conceptos sobre el cuerpo humano, prácticas sexuales, la belleza y la seducción. Señala por ejemplo:

Sabemos que, a diferencia de lo que ocurre hoy entre muchos pueblos mayances, donde la rubicundez e incluso cierta gordura son tenidos como signo de belleza, para los nahuas prehispánicos lo deseable era un cuerpo magro, el

RESEÑAS

Estudios de Cultura Maya. Vol. XXIII, 2003 Instituto de Investigaciones Filológicas/ Centro de Estudios Mayas, UNAM ISSN 0185-2574 cual se suponía dejaba pasar de prisa los deseos carnales, preferencia que a decir de López Austin, gran especialista en dicha etnia, nos habla de un modelo estético con una fundamentación ética (pp. 117-118).

Entre muchas de las cuestiones que habría que destacar me parecen de gran valía las ideas en tomo a la masculinidad, ya que el autor demuestra las creencias, dice él, erróneas y racistas de que la población indígena ignora el papel masculino en la fecundación. Por ejemplo, los tojolabales usan el mismo término para testículo y ovario (bak, "semilla o hueso") y consideran que al unirse los "productos" de éstos se origina al niño; también apunta Ruz, como otra prueba más, algo que como médico le ha tocado constatar, el hecho de que algún hombre ingiriese las píldoras anticonceptivas cuando su mujer se negó a hacerlo, bajo el argumento de que el efecto debería ser el mismo puesto que ambos participan por igual en el embarazo. Asimismo menciona que en ocasiones, ante problemas de infertilidad, las familias de los cónyuges acuerdan la separación de éstos y permiten una segunda unión esperando que con otras parejas logren la procreación (p. 126). No puedo detenerme más en este ensayo, pero creo necesario mencionar que su contribución puede ser de gran utilidad, no sólo para las instituciones encargadas de ejecutar programas de salud (sobre todo para aquellas que tratan de imponer los referentes al control natal), sino también para las organizaciones sociales y organismos no gubernamentales que pugnan por una nueva forma de enfrentar el tema de la sexualidad y la salud reproductiva, así como por reivindicaciones que, surgidas en un contexto citadino más apegado a concepciones occidentales, la mayoría de las veces no pueden ser tal cual extendidas hacia los pueblos indígenas, los cuales tienen también derecho a formular sus propias reivindicaciones. Por otro lado, el ensayo representa todo un aporte para los estudios sobre el género (los cuales por razones histórico sociales que no explicaremos aquí se han abocado fundamentalmente a entender al género femenino), en tanto es una de las pocas aproximaciones que existen para entender la construcción social del género masculino entre los pueblos indígenas.

Otro de los textos que en lo particular me parecen fascinantes es el que lleva por título "La familia divina. Los santos en el área maya". De acuerdo con el autor, los santos patrones constituyen una de las manifestaciones culturales que une a los diversos pueblos mayas aun cuando éstos hayan transitado por diversos procesos y se ubiquen en muy distintas regiones. Los santos son concebidos como deidades y héroes culturales ligados siempre a la fundación de los pueblos y comunidades, y sus atribuciones varían de acuerdo con los cambios que viven los poblados indígenas que al mismo tiempo, como señala Ruz, comparten frecuentemente con personajes de origen prehispánico. Las narraciones que sobre los santos proporcionan los mayas actuales recogen tanto el pasado mítico como los acontecimientos más significativos de la vida en un pueblo o comunidad. Menciono tan sólo un ejemplo de cómo se considera que intervienen en la cotidianeidad laboral de sus fieles:

> [Algún relato narra que] cuando los santos decidieron irse a fundar los pueblos carecían de dinero, por lo que enviaron a dos de ellos a buscarlo: Cristóbal y Alonso. Ayudados por un águila lo encontraron y después de cargarlo en doce mulas, el primero emborrachó al segundo para quedarse con todo; de allí que los ladinos coletos (cuyo patrón es san Cristóbal) sean tan ricos como pobres son los pueblos indios.

> Buscando aliviar en algo la pobreza, los otros santos repartieron entonces oficios a sus hijos: san Pedro organizó a los de Chenalhó para sembrar caña y con ella hacer panela y aguardiente; san Juan Bautista, el de Chamula, se las in

genió con borregos, papa y la factura de carbón vegetal; san Lorenzo, el zinacanteco, se empeñó en la extracción de sal y el cultivo de flores, mientras que san Isidro, en Huixtán, le dio a la fabricación de cal y la venta de ocote. Los hijos de san Juan Evangelista, el de Cancuc, sembraron chile y algodón; santo Tomás, en Oxchuc, probó con el maguey para hacer pitas y lazos y con el barro para fabricar ollas. A san Miguel, el de Mitontic, ante la falta de tierras, no quedó más que dedicar a sus hijos al trabajo asalariado. Por su parte san Alonso enseñó a los suyos a sembrar cacahuate y trigo y de paso les dejó como herencia su afición al alcohol, "dicen que lo hacian por tristeza" (p. 164) .

Hoy, señala el autor, los santos sufren los embates de católicos ortodoxos, sectas y protestantes; quienes al igual que los evangelizadores en su momento, intentan desterrar lo que consideran producto de la idolatría y la superstición, para introducir sus propios imaginarios. Sin embargo, concluye:

Quizás algunos personajes desaparecerán de los altares familiares o comunales: otros acaso sean compelidos a abandonar la sombra protectora de cuevas, cruces y forestas, y no faltarán quienes vean perdida para siempre la posibilidad de balancearse en las andas sobre los hombros de sus hijos, envueltos en volutas de copal y aroma de flores pero ino cabe duda que la enorme y plástica capacidad de revelaboración cultural de idos mayas rencontrará nuevos ropajes

http://www.iifilologicas.unam.mx/estculmava/

para cobijar a aquellos que considera núcleo de sus pueblos, cuando no fundadores de su linaje o de todo el género humano (p. 182).

Me parece importante resaltar que todos estos ensayos nos demuestran una de las tesis centrales que sostiene el autor; aquella de que los pueblos se reproducen a partir de una continua re-elaboración cuando no re-invención cultural, pues al mismo tiempo que conservan saberes y prácticas heredadas de sus antepasados, son capaces de adoptar conocimiento, creencias y formas de hacer de otras culturas.

Rica en información sobre tan diversos aspectos de la vida de los grupos étnicos, en particular de los mayas, profunda en su análisis y escrita con enorme creatividad y sensibilidad, esta obra de Mario Humberto Ruz sobrepasa, desde mi punto de vista, el objetivo trazado por la Secretaría de Educación acerca de que esta colección de artículos sirva a los estudiantes de enseñanza media. Sin duda será un texto al que estos jóvenes podrán recurrir, pero estoy convencida que por la amplitud en tiempo y temáticas que abarca, debiera ser una obra de consulta obligada para quienes desarrollan programas de desarrollo, educación y salud entre la población indígena, pues esta antología constituye una fuente obligada para todos aquellos estudiantes y profesionistas interesados en conocer con detalle las prácticas, los valores, las formas de expresión y de interpretación de los mayas de Chiapas a través de la historia.